



Una isla con —y sin— pasado imperfecto

Josep Maria Perlasia¹

NERÍN ABAD, Gustau. 2015. *Corisco y el estuario del Muni (1470-1931). Del aislamiento a la globalización y de la globalización a la marginación*. París, L'Harmattan-Association France-Guinée Equatoriale.

Como una suerte de altar icónico o de pestaña legada por la sombra del “progreso” figura en la cubierta de esta encomiable monografía el campanario levantado, en mampostería, en la misión de los claretianos en la isla Corisco, en 1923, tras el incendio de su iglesia anterior. La torre umbría fue arrasada por un resonante incendio. Aunque el recuerdo de ello semeja un dato flotante, incierto en las memorias de la población local (Sampedro Vizcaya, 2012). Parte de la obra de piedra aún no se ha desvanecido, cubierta por la vegetación boscosa, sombra deturpada por los ritmos del trópico en el litoral centroafricano. Acaso la imagen encuadra una realidad de lucha entre dos crecimientos. O alude a una crisis no apaciguada, enclavada en un espacio localizado: Corisco, o mejor, *Mandji*, su topónimo correspondiente en lengua ndowé (ndöwé). Se trata de una isla de 16.6 km², coronada en su perímetro por unos 46 núcleos históricos de poblamiento. Es la mayor entre otras tres, sita en la encrucijada geográfica que se erige frente al estuario del río Muni. Es decir, la figura inscrita entre los hábitats de Cabo San Juan, sendas Islas Elobey (Grande y Chico) y el pequeño mundo corisqueño. Por allá transitaban cayucos o buques, ejércitos y sotanas; empero, el palenque de arena blanca nunca dio pie a una campana de cristal.

El consolidado antropólogo e historiador Gustau Nerín encara en esta ocasión, con su proverbial vigor crítico, el reto de analizar lo que a las luces del hispanotropicalismo parecía como un espacio transitorio. Era un error. El propósito manifiesto del autor es transparentar, en lo posible, la acción colectiva de los pueblos del Estuario en una etapa de gran convulsión. Con este fin replantea el corpus caduco y detalla los pormenores del curso etnocida, presentando un estudio informado de unas fuentes históricas en contradicción. El tipo de preguntas que persigue caracteriza la especificidad de unas interacciones (¿cómo?, ¿cuándo?) más que un retrato conceptual. La investigación reúne dos vertientes: de un lado, la conformación de los pueblos desplazados, desde mediados del siglo XVIII, hacia la costa del Estuario, a través de sus choques y encuentros con otros etnogrupos, o con los agentes de una expansión marítima de corte trans-imperial; por otro lado, precisa el legado de resistencia de unos asentamientos clánicos africanos, encarados

¹ Institut Català d'Antropologia (ICA).
jperlasia@gmail.com

a la turbulenta coyuntura de tres siglos de ansia comercial y misionera. Fruto de una ardua investigación llevada a cabo en 13 archivos (públicos y privados) ubicados en cinco estados, la investigación discurre ágil y certera. Estas páginas parten de una alternativa al desencuentro entre Antropología Social e Historia (africanista). Pues la copiosa base documental desgrana el eco de la retahíla de interacciones que constituyeron el fundamento de un mundo híbrido. En este sentido, notamos un precedente en la tarea de plasmar una historia multifocal: el trabajo histórico del lingüista y escritor Justo Bolekia (2003), quien dirige su análisis al trasfondo de unos marcos de acción distintos, para corregir el relato propuesto por las historias más colonialistas. Así, evita la deformación de una lectura en clave estatista de la situación actual de los pueblos de Guinea Ecuatorial. El juicio de Michael Ugarte (2010: 43) avala sendas invitaciones a tomar distancia del habitual sesgo eurocéntrico en relación a los trasiegos de “ultramar”, o “atlánticos”. En efecto, los españoles han sido un grupo más en la zona, con intereses específicos. En efecto, en las páginas de Bolekia, como en los estudios de Nerín, de Enrique Okenve (sobre la historia fang) u otras autorías, el escrutinio al margen de la secuencia oficial se ha centrado en unos cursos en divergencia ante la confrontación; en el hacer de unas sociedades que partían de sus genealogías clánicas para confluir en historias entrelazadas.

Apreciaremos en estas páginas una recapitulación y un umbral. A sabiendas de la opacidad de unos tratos históricos conflictivos en la zona, el autor avanza una mirada en situación. Su voluntad metodológica se ocupa de no deshistorizar a ninguna de las sociedades en liza; así, introduce al lector en un ejercicio contra-narrativo, orillando la manida idea del “buen subalterno”. Al cerrar la lectura, deducimos que la interacción de los autóctonos con las avanzadillas del capital mercantil —y sus picos de provecho— no ha promovido, en estas coordenadas locales, un sistema plenamente funcional, sino un abanico de situaciones agonísticas. Y que, a diferencia de las grandes líneas de la historia annobonesa, entre los benga el comercio esclavista devino en un eje central de acumulación y una fuente de gastos suntuarios.

En el terreno de los precedentes al choque, el compás del ciclo histórico arranca con precisión. Aunque algo abruptamente, avanza por la cuestión de los sitios arqueológicos de Mandji donde las excavaciones recientes han reconstruido un horizonte denso cultural en la isla (Sánchez-Ruibal, Picornell, Valenciano Mañé, 2012). Eran pueblos centrados en la pesca, la horticultura y la recolección, que enterraban individualmente a sus autoridades corporativas e incorporaron, en lo cotidiano, sofisticadas piezas de hierro y de madera. Por tanto, permanece la pregunta acerca de las causas de su despoblación (si así fue) durante largos siglos. ¿Sería, en rigor, la violencia la fuerza mayor que labrara la despoblación de Mandji, hacia el año 1200 n.e.? Esta “sombra” o impregnación del sustrato etnohistórico (bantú) conforma un agitado caballo de batalla. Al respecto, la capacidad desmitificadora del autor recoge y consolida los conocimientos básicos, de cara a fundamentar las nuevas aportaciones que aborden la comparación etnológica entre los pueblos de habla ndowé (o afines, como los bakota), reteniendo lo mucho que resta por andar en este trance.

La obra está muy bien estructurada. Tres grandes escenas son vertebradas a lo largo de 11 capítulos. En esta secuencia se encuadra el influjo y la adaptación de los isleños a las redes comerciales internacionales a lo largo de los cinco siglos, comprendidos entre los años 1470 y 1931. El tramo final corresponde a los cambios

impuestos durante la etapa de la gobernación del autoritario Núñez de Prado. Con la subdivisión del libro en capítulos bien jalonada se encuadra la cuestión de la inserción de las generaciones lugareñas en las olas de interés que han sostenido algunos pasos de la acumulación mercantil. Al parecer, la especialización de los grupos benga como mediadores, más o menos conflictivos, era ya reconocida en la zona a finales del siglo XVII. Y, la llegada de las “tribus” benga a Mandji, hacia 1740, no fue ajena a la atracción ejercida por el emplazamiento estratégico insular (35-36). Para escribir estos primeros capítulos la metodología aplicada discierne, prudentemente, el recurso a unas fuentes orales de difícil contraste, así como al cúmulo de papeles o alegatos colonialistas.

Con el tiempo, el acceso de las canoas armadas a las profusas redes de trata negrera tramaría una suerte de zona de influencia benga. Aunque el paroxismo de la trata esclavista portuguesa tardó en alcanzar a los argonautas de Mandji y su *hinterland*, fue a raíz de la retirada de los británicos de Clarence City y de la consiguiente pérdida de su influencia en la zona cuando repuntó la trata esclavista en la zona de Gabón y Corisco (59; Nerín, 2015: 210-231, 260). En ese momento de apogeo, o falsa prosperidad, la élite local decidió adquirir gran cantidad de bienes de consumo importados de Gran Bretaña. Gradualmente la actividad de los factores europeos instalados perjudicaba la inserción comercial de los bengas. Así pues, durante la segunda mitad del siglo XIX los mediadores asentados en la isla sostuvieron muchos conflictos con diversos negociantes. Los corisqueños, partícipes de los contratos de deportación, mantuvieron a esclavos domésticos hasta la intervención armada del gobernador Ibarra, en 1888. Visto en su conjunto, el tercio final del siglo XIX se ofrece como una época de permanente amenaza en las zonas costeras; con gran frecuencia se dieron los asaltos y las represalias entre formaciones europeas y africanas (entre todas las facciones de unos y otros, en liza).

La puesta en valor en clave mercantil condicionó a todos los pueblos del Estuario. Llegaron los ciclos de la contratación barata del marfil, del palorrojo y del caucho; del envío de canoas repletas de esclavizados a las fincas de Príncipe o de São Tomé, del aceite de palma o de la madera tropical que arrastraron los intereses de algunos linajes. Aquellos malos tratos que “abrían” el mercado fueron incorporados por los grupos insulares con graves consecuencias desestabilizadoras. Llegaron del brazo de compensaciones, “pactos” o disparos de cañoneras. Y todo ello revirtió en el endeudamiento sistemático (usado como arma de dos filos), la alcoholización persistente, las enfermedades importadas, la belicosidad y el maltrato de las mujeres, la consolidación histórica del clientelismo, la exacerbación de las condiciones de verosimilitud acerca del influjo oculto en los infortunios... De nuevo, lucen su peso los cartones de crédito de compañías como las célebres proto-multinacionales, Hatton & Cockson o Woermann, cuyas redes comerciales operaron como suministradoras de enseres alógenos, bien reconocibles (ropas confeccionadas, fusiles, pólvora, perfumes, cambalaches de ginebra o de ron, tabaco). Las denuncias tronantes del reverendo Ibía deben leerse, también, en este sentido (102-103). La epidemia de viruela de 1864, junto a la escasez de recursos en unos huertos acosados por los animales, contribuyó al declive demográfico sobre una base económica “predadora” (87-88, 95).

Pero hay más lecciones. En clave más endógena nota el autor la deriva de la inflación en la composición de las compensaciones matrimoniales (*ebonda*) ligadas a las alianzas poligénicas. Pues los compromisos que vertebraban la dinámica de los

etungu (el grupo de parentesco extenso) serán sellados con el acopio de importaciones (Nerín, 92; Fons, 2012: 64-65, 83). No olvida señalar el colapso de unos sistemas bioecológicos sobreexplotados. Así, al filo de 1890 hay evidencia en Corisco de escasez de marfil, de madera y de caucho. Mas esta situación no impidió que remitiera el elevado consumo de importaciones; incluso las cajas de escopetas fueron usadas como féretros. No será extraño que un pueblo imbuido por la influencia anglófona sacara partido de la debilidad de la fuerza armada hispana, entorpeciendo, mediante asaltos continuos, la irradiación de las factorías extranjeras. La constante conflictiva remitió un poco en el periodo crítico comprendido entre 1909 y 1913, cuando se impuso el gran despliegue de puestos militares en Guinea (123, 160). El recorrido esbozado ilustra la trayectoria de una prosperidad engañosa. La acción mediadora de los bengas difiere de la lógica histórica de absorción político-mercantil, partícipe del esclavismo a gran escala ajustada a la organización de linajes más centralizados, como los anlo, o los efik, según el esquema ofrecido por Eric Wolf (1987: 265-269). Como resultado del empuje exterior, la “historia” de un pueblo renuente a la centralización política se desdobra, entre los isleños, en dos planos: inserción y resistencia. Muestra de ello es que los jefes de nuevo cuño, sostenidos por el dedo de la gobernación hispana fueron muy cuestionados (197). Por otro lado, las actitudes ante la penetración de los misioneros presbiterianos no fueron unívocas. Algunos “jefes” hicieron suyo el nuevo mensaje, así que pudieron notar los beneficios de la crítica al esclavismo o al endeudamiento. O bien la interiorización del Evangelio enseñada en lengua benga, o la extensión internacional del marco que facilitaba la consolidación de una élite local. Aunque otros autóctonos recelaban. En especial, la denuncia de las alianzas poligínicas creó una gran fricción. Frente a tal injerencia muchas familias se negaron a enviar a sus descendientes a la escuela-misión.

No obstante, el elemento maestro de la explicación no se limita al realce de la captura de recursos por una entidad administrativa exógena, ni a la claudicación aparente de algunas autoridades (los *ogà*, mal traducidos por “reyes”, o reyezuelos, y mejor leídos como decanos, o patriarcas), cuanto remarca la tenaz resistencia. Hay una callada memoria, dispuesta entre el arraigamiento familiar y el encaje (o la claudicación) de aquellos grupos asentados, mediadores en varias redes internacionales. Así lo prueba la acción de la sociedad secreta *mukuku*, que tanto desvelara las noches del reverendo presbiteriano Robert Hamill Nassau (204; Fons, 2012: 52-53). O el movimiento anticolonialista *binzima*, pactado en las zonas del sureste del Muni, libres del control europeo hacia 1926. Los claretianos de Corisco o de los Elobeyes creían que los fang estaban más predispuestos al cristianismo que los ndowé-benga.

Sólo fue tras la etapa de “atracción” dirigida por el gobernador Barrera que se diera un avance mayor de la dominación hispana. El reordenamiento de los intereses impulsado por la gobernación indujo el repliegue. Cuatro maniobras de sustitución sociocultural resultaron, por entonces, de gran alcance: la red de control desplegada por los puestos militares, primero, y la difusión de la escuela “pública”, que no será una práctica general hasta 1927. Desde 1909 se generalizó la imposición de los caminos interiores. Y más tarde, de las vías dispuestas para el transporte de vehículos que facilitaron la extracción de maderas (184, 237). Toda aquella exigencia condicionaba la demanda de prestaciones de trabajos forzados, e implicó el traslado de muchos hombres de la zona hacia las obras públicas de Bata y del Continente, singularmente entre 1926 y 1927. La construcción de Kogo y su conversión (por parte del militarista

Núñez de Prado) en capital del Subgobierno de Elobey en 1926 significó el golpe de gracia que pone de relieve un estancamiento —en dependencia— de las islas del Estuario.

A lo largo de tres décadas, el conjunto de los trabajos del autor se esfuerza en ahondar en la comprensión de lo próximo, partiendo de “*una larga estancia sobre el terreno*” (Nerín, 2013: 205). En su ejercicio de maestría, Gustau Nerín se revela como un historiador de fuste; buen conocedor de los pueblos de Guinea continental y de los nexos propincuos con sus vecinos. Con el uso de una amplia erudición replantea la recepción de los tópicos del mundo “atlántico” como critica los extremos erróneos emitidos por algún revitalismo africanista. La mística del dolor, o las coartadas que éste pudiera otorgar quedan lejos de sus intenciones. Sin negar la tragedia, ni conceder créditos al enturbiamiento de lo humano, el realismo y la empatía se entrelazan como telón de fondo de sus estudios.

Recapitulando, pues: el libro merece leerse emparejado a su obra mayor acerca del proceso colonizador del Continente (Nerín, 2010). En el esfuerzo sintético de estos *combats* se vuelca en la artesanía de la evidencia historiográfica, en mayor medida que en los sustratos reconstruidos con recurso a la competencia lingüístico-simbólica, que reclama la etnología de corte más “cultural”. Bajo la premisa inicial se constituye un sólido fundamento. Como también aflora un ámbito menos esclarecido. Puesto que los puntos ciegos del racismo característico en la documentación europea del XIX acentuaron en extremo la conflictividad de una “*aristocracia negra*” (como decía el ultracoloniaalista Bravo Martorell del pueblo benga) que tendían a difuminar, en realidad, el entramado de las alianzas africanas y su propia memoria de la historicidad. En este dilema nos acucian, en una segunda lectura, varias preguntas a la espera de nuevas entregas: ¿en qué medida la pasión por acumular, y luego distribuir, bienes prestigiosos contribuyó a la formación de liderazgos (p. 196), o fue esta, acaso despuntada en razón del vigor oportuno en la fusión de unos pactos, sostenidos en el reconocimiento de las genealogías de los patrilinajes y de sus grupos de iniciación? (Guyer y Belinga, 1995); ¿estarían quizá, los jóvenes isleños, hacia 1890, condicionados por la limitación de sus expectativas de alianza y, por lo tanto, vulnerables y proclives a la atracción mercantil?

No cabe duda acerca del gran cuidado del que se beneficia la edición. Alguna pega encontramos en el cariz, no tan redondo, de su distribución, o en la transparencia de las imágenes reproducidas. Pero la amenidad certera del libro cumple con su promesa para cualquier lector; inspira y fundamenta nuevas investigaciones. Promueve, sin duda, el impulso de nuevas voces, el terciar más allá del archivo. Por todo ello, sorteando los nudos más academicistas, notamos un trabado balance argumental que se cierra en un desenlace sobrio, orillando el *déjà lu*. Al aquilatar los nutridos materiales que se ponen a nuestro alcance (desde la bibliografía completa, la crítica de fuentes y de tópicos, hasta la ironía acerca de figurones intrépidos como Iradier, Martínez Sanz y otros tantos...) extiende el cedazo de la mirada crítica para dar cuenta de los afanes, tratos entretejidos y expresiones del modo de vida *ikumbe*.

Referencias bibliográficas

Bolekia Boleká, Justo (2003). *Aproximación a la Historia de los pueblos de Guinea*. Salamanca: Amarú Ediciones.

- Fons, Virginia (2012). *Entre dos aguas. Etnomedicina, procreación y salud entre los Ndowé de Guinea Ecuatorial*. Vic: CEIBA.
- Ibía dy'lkèngue (2004)[1872]. *Costumbres bengas y de los pueblos vecinos (Traducción y notas a cargo de Práxedes Rabat Makombo)* [original en benga] Madrid: SIAL.
- Guyer, Jane y Belinga, Eno (1995). "Wealth in People as Welth in Knowledge: Accumulation and composition in Equatorial Africa", *Journal of African History*, vol. 36 (1), 91-120.
- Nerín Abad, Gustau (2010). *La última selva de España. Antropófagos, misioneros y guardias civiles*. Madrid: La Catarata.
- (2013). "Y el cabo Nacarino tenía una guitarra... Investigando la conquista del Muni", en: Aranzadi, J. y Moreno Feliu, P. (coord.) *Perspectivas antropológicas sobre Guinea Ecuatorial*. Madrid: UNED, 203-215.
- (2015). "Corisco: tanta historia para una isla tan pequeña". *Atanga*, 9: 54-57.
- (2016). *Traficants d'ánimes, Els negrers espanyols a l'Àfrica*. Barcelona: Pòrtic.
- Ugarte, Michael (2010). *Africanos en Europa. La cultura del exilio y la migración de Guinea Ecuatorial a España*. Nueva York: Ndowne International Press.
- Sampedro Vizvaya, Benita (2012). "Routes to Ruin", *www.LLJournal*, vol. 7 (2).
- González-Ruibal, Álvaro, Picornell Gelabert, Llorenç y Valenciano Mañé, Alba (2011). "Early Iron Age Burials from Equatorial Guinea: The Sites of Corisco Island", *Journal of African Archaeology*, Vol. 9 (1), 2011, 41-66.
- Wolf, Eric (1987) [1982]. *Europa y los pueblos sin Historia*. México DF: FCE.